

Capítulo 57: Lin Yue...

Cuarenta y tres segundos desde que se selló el portal.

Lin Yue contó automáticamente, su entrenamiento de arquera mantenía un tiempo preciso incluso mientras su mundo se derrumbaba a su alrededor.

Sus manos de bronce estaban firmes mientras sujetaba los hombros temblorosos de Mei Ling, su voz tranquila y autoritaria mientras daba órdenes sobre respirar y concentrarse, pero por dentro, por dentro, estaba gritando.

'Se ha ido. De verdad se ha ido.'

Cuarenta y siete segundos. Cuarenta y ocho. Cuarenta y nueve.

—¡Mei! ¡Respira! —ordenó, sacudiendo a la criada sollozante, cuya aura recién mejorada parpadeaba como una vela moribunda.

Cada instinto guerrero que poseía exigía acción: asegurar el área, evaluar las amenazas, atender a los heridos, pero el herido aquí era su propio corazón destrozado, y no había ninguna técnica de campo de batalla para eso.





Mantén la calma. Necesitan que seas fuerte. Cuenta los segundos. Concéntrate en la cuenta.

Cincuenta y cinco segundos desde la última vez que vio su rostro a través de ese portal dorado, sonriendo con esa sonrisa exasperantemente confiada incluso mientras su cuerpo se marchitaba hasta convertirse en nada.

Cincuenta y seis desde que lo dio todo (su vida, su poder, su esencia misma) para salvar a tres mujeres que no lo merecían.

"Debería haber sido yo quien se quedara. Debería haber sido yo quien muriera."

Pero incluso mientras el pensamiento la quemaba, sus manos permanecieron suaves sobre el rostro de Mei, con voz firme mientras la ayudaba a salir de la hiperventilación. "Concéntrate en mi voz. Él nos salvó. Nos salvó a todos, y se aseguró de que fuéramos lo suficientemente fuertes para sobrevivir sin él".

La mentira le supo a ceniza. ¿Suficientemente fuerte? Se sentía como un cristal hilado, a una palabra equivocada de romperse por completo. El nuevo qi que recorría sus meridianos —el qi «de él», otorgado en esos momentos finales— le resultaba extraño y doloroso, un recordatorio constante de lo que le había costado.

Un minuto, doce segundos.





Nunca dejé que me tocara bien. Nunca dejé que...

El arrepentimiento era un peso físico en su pecho. Todas esas noches que lo había visto con Mei Ling, diciéndose a sí misma que era pervertido, repugnante, que estaba por encima de esos deseos tan bajos.

Pero la verdad era más simple y devastadora: había estado aterrorizada. Aterrorizada de convertirse como su madre, reducida a nada más que un recipiente para el placer y el poder de alguien más.

En cambio, se mantuvo apartada, convencida de que el amor significaba algo puro e intocable; que si le entregaba su cuerpo, de alguna manera disminuiría lo que compartían.



¿Qué compartimos? ¿Filosofía? ¿Bellas palabras sobre la plenitud y el silencio?

Un minuto, treinta y siete segundos.

Los gritos de su madre resonaban en su memoria; no por el abuso, sino por el día en que finalmente la ablandaron por completo. El sonido que emite una persona cuando su base de cultivo es arrebatada, cuando su propia fuerza vital se convierte en combustible para el progreso de otra.



Lin Yue había jurado que nunca sería tan vulnerable, que nunca dejaría que nadie tuviera ese tipo de poder sobre ella.

Pero él nunca intentó drenarla. En cambio, le dio, vertió su propia fuerza en ella sin pedir nada a cambio.

Incluso al final, cuando ella finalmente comenzó a comprender lo que realmente significaba el amor, él eligió salvarla en lugar de reclamarla.

Fui un cobarde. Un cobarde moralista que se creía mejor que la criada que lo amaba lo suficiente como para someterse.

"Debería haberme quedado", susurró Mei, y sus palabras interrumpieron la auto recriminación de Lin. "Debería haber muerto con él".



—No. —La palabra salió más cortante de lo que pretendía, y los instintos guerreros de Lin se encendieron para protegerla incluso mientras su corazón sangraba—. Deberías haber sobrevivido. Tal como él pretendía.

Un minuto, cincuenta y nueve segundos. Dos minutos.

Todavía podía sentir el eco de su vínculo en esos momentos finales; no la conexión física que había compartido con Mei, sino algo más profundo.

La silenciosa comprensión que había surgido entre ellos, el respeto ganado mediante el desafío en lugar de la sumisión. Él había visto su fuerza y la había igualado, sin intentar jamás quebrantarla ni empequeñecerla.

"Y le pagué huyendo cuando más me necesitaba".

La anciana Feng hablaba ahora, su aura de Formación del Alma, recién mejorada, crepitaba con energía inestable mientras describía su plan. Lin asentía a intervalos apropiados, su mente táctica catalogando automáticamente las fortalezas y debilidades del plan, pero la mayor parte de su atención se centraba en mantener la compostura mientras continuaba su cuenta regresiva interna.

Dos minutos y cuarenta y tres segundos desde que le había fallado al hombre que le había enseñado lo que significaba ser verdaderamente vista.

"Entonces soy feliz."

Sus propias palabras de aquella conversación en el palacio del placer, cuando él le preguntó si le dolía verlo con otras mujeres. En aquel entonces, pensó que era sabiduría: la noble aceptación de un amor que trascendía la posesión. Ahora, parecía cobardía disfrazada de bella filosofía.



Debería haber estado celosa. Debería haber luchado por su atención, exigido su lugar en su cama, hacerle entender que lo deseaba con la misma desesperación que veía en los ojos de Mei. En cambio, se mantuvo al margen, convencida de que su autocontrol la hacía, de alguna manera, superior.

Creí que me estaba protegiendo. Solo estaba protegiendo mi orgullo.

Tres minutos, quince segundos.

Las otras mujeres buscaban en ella fuerza, la serenidad guerrera que siempre había sido su armadura. Mei necesitaba a alguien que la mantuviera a flote mientras se desmoronaba. Feng necesitaba una compañera que pudiera ayudarlas a forjar sus mentiras y afrontar las inevitables preguntas de la secta. Vieron a Lin Yue, la arquera, a Lin Yue, la superviviente, a Lin Yue, quien siempre mantenía la calma en momentos de crisis.



No podían ver a la mujer que se estaba ahogando dentro.

—Lo sabía, ¿verdad? Esas últimas palabras... «Tch, yo también quería probar el coño de Yue y destrozarla día y noche». Incluso al morir, pensaba en lo que nunca tuvimos.

Las crudas palabras deberían haberla ofendido. En cambio, fueron un regalo: la prueba de que la había deseado, de que había pensado en reclamarla, de que había lamentado la distancia que ella insistía

en mantener. En sus últimos momentos, cuando la mayoría de los hombres habrían susurrado poesía o declaraciones de amor eterno, él había sido sincero sobre su deseo.

Pervertida hasta el final. Mi pervertido, maravilloso y muerto marido.

Tres minutos, cincuenta y ocho segundos.

"Las redes de comunicación de la estación de investigación están activas", se oyó decir con voz firme y profesional. "Puedo contactar con la secta e informarles de nuestro estado. Pero Mei... ¿qué les decimos sobre la sobrecarga de energía? Notarán nuestro avance de inmediato".

Las preguntas prácticas la ayudaron, le dieron algo en qué concentrarse además del creciente vacío en su pecho. Su ojo de arquera evaluó automáticamente la situación: tres mujeres con un cultivo sospechosamente mejorado, ningún testigo de su historia y un colapso dimensional que habría sido registrado en cualquier red de monitoreo a mil millas a la redonda.

Debemos actuar con inteligencia. Él nos salvó, pero aún tenemos que sobrevivir a lo que viene.

Cuatro minutos y veintiún segundos desde que perdió la oportunidad de decirle lo que realmente sentía.





Feng estaba describiendo su historia de tapadera: iluminación a través del trauma, cascadas de descubrimientos desencadenadas por la exposición dimensional. Era bastante plausible, especialmente con la tendencia de la Secta Inmortal a clasificar todo lo relacionado con el Reino Demonio Abisal. Pero Lin podía ver las grietas en la narrativa, los puntos donde un escrutinio excesivo revelaría la verdad.

'Verdad. ¿Cuál es la verdad aquí?'

¿Que tres mujeres se habían enamorado de un hombre que las trataba como si fueran importantes? ¿Que había muerto salvándolas de sus malas decisiones y su arrogancia? ¿Que la gran Lin Yue, que había despreciado el amor físico por considerarlo inferior, ahora deseaba desesperadamente que ella se abriera de piernas y se dejara follar hasta gritar su nombre?



«La verdad es que me equivoqué en todo.»

Cuatro minutos, cuarenta y siete segundos.

Podía sentir que Mei empezaba a estabilizarse, la respiración de la criada se normalizaba mientras la conmoción daba paso al dolor. Pronto tendrían que mudarse, afrontar las consecuencias que les aguardaran en la secta. Lin tendría que ser la fuerte, la competente, la superviviente que los mantuviera unidos.



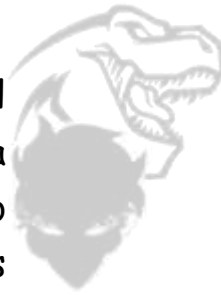
Igual que siempre. Igual que con mi madre, cuando tuve que ser fuerte por los dos.

Pero esta vez era diferente. Esta vez, la persona a la que no había logrado proteger había elegido morir por ella, había entregado su alma para asegurar su vida. El peso de ese sacrificio la oprimía el pecho como algo físico, exigiendo reconocimiento, exigiendo valía.

'No desperdiciaré esto. No desperdiciaré lo que nos dio.'

Cinco minutos y doce segundos desde que el portal se cerró.

Lin Yue se levantó lentamente, mientras su cultivo mejorado del Alma Naciente Tardía se asentaba en sus meridianos como una fuerza líquida. El poder se sentía mal —robado, inmerecido—, pero era su regalo, y lo usaría. Sobreviviría, y se aseguraría de que los demás también lo hicieran.



Porque eso es lo que él hubiera querido. Eso es lo que había muerto para asegurar.

'Necesito engañar a los otros dos.'